

Crónicas de Alicorn: Lerno - Cap. I, II y III - Ilustrado

Miguel A Fuentes



Capítulo 1

PRÓLOGO

Hacía muchísimo tiempo que el mundo había sido conquistado por los hombres, en su incesante búsqueda de tierra fértil y riquezas. Pero aquellas cumbres, lugar donde aparecieron los primeros humanos, siempre se mantuvieron alejadas de cualquier intento de dominio.

Muchas son las aldeas que habitan al pie de las altas montañas que mantienen oculto el valle. Y sus habitantes, los hombres salvajes, llevan tanto tiempo aislados del mundo que todavía hoy conservan el fiero aspecto de los primeros hombres. Viven de la providencia de la tierra y visten burdas pieles que obtienen de la caza. Recelan de todo el que se adentra en sus tierras y reniegan de cualquier trato con el resto de reinos. Pero no te equivoques. Vivir bajo la montaña no es para nada sencillo, pues el manto blanco cubre sus tierras durante todo el año. La tierra es virgen, pero imposible obtener ningún fruto de ella. Cuando los vientos de la montaña aúllan y la caza se torna prácticamente imposible, viajan a donde les lleven las nieves y recurren al hierro para conseguir lo que necesitan.

No es extraño ver como los reinos vecinos se preparan para el embiste de los temibles salvajes cuando presienten la llegada del invierno. Aunque muchos de ellos, hastiados de la eterna lucha que tanto gusta a los salvajes, abandonan sus villas y los diezman dejando en el linde de sus tierras enormes carros provistos de alimentos, animales, telas y todo cuanto han sido capaces de cosechar por evitar que se adentren en sus tierras.

Tal vez esa sea la razón por la que el valle siempre se ha mantenido en secreto a la codicia del resto de los hombres que viven en las ciudades de altas murallas, que miran con ojos desinteresados los fríos baldíos de los salvajes. No tienen ni idea del tesoro que custodia la ignorancia de los salvajes.

Pero a pesar de su fiereza, siempre ha habido algo a lo que los salvajes han temido. Y ello es, sin duda, la oscura gruta que atraviesa la montaña. La sola mención de la oscura senda es capaz de amedrentar al más bravo de los guerreros. Y es que no hay antorcha que sea capaz de iluminar más allá de las enormes estatuas de piedra que custodian la entrada. Quienes se han adentrado jamás han regresado. Es su camino para las almas de aquellos que no merecen cruzar al otro lado del puente. De los condenados a ser devorados por la montaña y morar en su vientre, entre sombras y llamas, por el resto de la eternidad. Pero si toda senda lleva a

algún lugar, ¿a dónde conduce la gruta? ¿Qué secretos aguardan tras la montaña?

Solo en una ocasión hace mucho tiempo vieron a un extraño salir de las profundidades de la montaña. Alguien tan maldito que ni hombres ni bestias se atrevieron a interponerse en su camino. Atravesó las nieves y desapareció para siempre, dejando atrás la leyenda de aquel a quien los salvajes bautizaron con el nombre de Obborg, el que camina entre los muertos.

Cada uno de los libros de esta saga de fantasía oscura y de aventuras desarrolla la trama de Crónicas de Alicorn desde el punto de vista de sus diversos protagonistas. En este primer libro descubriremos las aventuras de Lerno, un joven de no más de quince inviernos que vive en un gran árbol junto con una raza de gentes que le detestan.

Los tiempos en que acontece este relato pertenecen a una era oscura de un mundo cruel en el que el precio de la vida se mide con la fuerza o con el peso de una bolsa de monedas. Es un mundo repleto de oscuros secretos, misterios y crueles intrigas que el lector deberá desentrañar a medida que avance en la historia de los personajes que forman parte, de algún modo u otro, de la trama principal de las Crónicas de Alicorn.

Advierto al acérrimo lector y al aguerrido crítico que no hallarán en este relato ningún final. Solo la cadena de sucesos y vivencias que fueron clave en la vida del muchacho que protagoniza esta parte de la historia. Mi consejo; vive la historia como si fueras su protagonista. Déjate llevar a través de la aventura e intenta descubrir los secretos y entresijos que se esconden tras las páginas de este libro.

© Miguel Ángel Fuentes Erenas, 2017

Primera edición: febrero 2017

Todos los derechos reservados a nombre del escritor de esta obra literaria.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización del titular de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Escrito por: Miguel Ángel Fuentes Erenas

ISBN: 978-84-617-4828-0

Capítulo 2

PREFACIO

La primera vez que le vi lloraba desconsolado en los brazos de su madre. Apenas un recién nacido cuyo llanto, auspicio de mi llegada, clamaba a las bestias que yo amedrentaba con mi presencia. Hace tanto tiempo que habito en este mundo, que apenas presté atención a la insignificante criatura. No guardo ningún recuerdo del tiempo en que yo fui como tú. Yo también sentí temor, pena, alegría, tristeza. Incluso tal vez esperanza, pero todos aquellos sentimientos se perdieron con el paso del tiempo.

No soy más que un heraldo del destino. Ese viejo insensato que corroe las almas como la incansable corriente que pule y escupe las piedras del río de la vida. Y yo, como mísero rufián, aguardaba acechando su alma para cobrar peaje.

Tomé la mano de la joven y ella luchó, como todos cuando sienten que estoy cerca. Arañan, muerden, gritan y se aferran a su cuerpo con la inútil esperanza de desandar lo andado, de caminar por un mundo que creían pertenecerles. Pero mis manos, como las de un maestro artesano, están demasiado curtidas como para dejarlos marchar. Por ellas han pasado vagabundos, mujeres, niños y ancianos; bravos guerreros, esquivos rateros y reyes, o incluso aquellos que alguna vez se creyeron dioses. Nadie se escapa.

Pero aquel pequeño de mirada esmeralda logró lo que nadie antes que él. Tomó mi mano y me miró. Nadie me toca, nadie me ve, pero él hizo ambas. Ignoré a la madre y entonces lo sentí. A pesar de que las fieras humedecían la tierra con la saliva de sus fauces por saborear el aroma de aquella criatura indefensa, no existía ningún peaje que albergase aquella alma sentenciada a tan aberrante muerte. Pero no tenía alma.

Asió mi manga y dejó de sollozar. Yo dejé tranquila a la joven que lo soportaba y le permití vivir un tiempo más, pese al infierno que sintió por eludir su peaje, aunque a ella no le importó. Tomó su cuchillo y lo blandió contra las criaturas que rodearon a ambos como un hambriento ante un banquete. Por primera vez bajé mi capucha y descubrí mi rostro a aquellas bestias; al verme, huyeron dejando sola a la criatura.

Jamás he velado por nadie como lo hice por aquel niño, hasta que llegó el anciano. Él no pudo verme, pero ambos escuchamos las últimas palabras de aquella madre moribunda.

Protégelo.

Capítulo 3

Image not found.

CAPÍTULO I

No te imagines un tronco repleto de agujeros de gusano, ni una ciudad como las de los hombres que habitan más allá de las montañas, infesta de ratas, ladrones y con olor a orín en sus calles. Alicorn es el hogar de los na´rin y eso, mi querido amigo, significa una vida sencilla basada en el respeto por la naturaleza y el amor hacia las viejas costumbres. En las noches de rayos y centellas, cuentan a sus hijos que en los albores del tiempo cayó desde los cielos una semilla tan grande que cuando llegó al suelo creó las altas cumbres que rodean el valle, para proteger a sus habitantes de los terribles salvajes que viven al otro costado de las montañas, y que de la semilla brotó el gran árbol en el que hoy viven a salvo de los peligros que les acechan. Si hubo algo de cierto en aquella historia, es que el árbol que surgió de la semilla es tan sumamente alto, que incluso las nubes quedan atrapadas entre sus enormes ramas, que llegan más allá de donde alcanzan las miradas.

Aunque los Na´rin, que así se llaman, son una raza pacífica y bastante orgullosa, evitan a toda costa el contacto con el resto de seres que habitamos el mundo. Procuran guardar el secreto de su existencia, imponiendo entre los suyos severas leyes que evitan que ni tú, ni yo mismo, podamos llegar más allá de la gruta que abre paso a su mundo. Aunque no sean criaturas sedientas de sangre, como ocurre con los salvajes, aquellos de entre los suyos que poseen un corazón inquieto y dotes para la caza son ordenados exploradores y viven al acecho de cualquiera que se atreva a cruzar a su lado de la montaña. Por curioso que te parezca, no todos los na´rin que conozco, y son un buen puñado, estarían dispuestos a dispararte una flecha por salvaguardar el secreto de su existencia. Sí es cierto que son astutos y muy esquivos cuando se lo proponen. Mas no les hagas favor alguno y esperes gratitud, pues también son arrogantes como un príncipe de poniente. Aunque si te soy sincero, no es de extrañar que no sea de su interés lo que suceda a este extremo del mundo. Para ellos, no hay nada más importante que su preciada paz. ¡Ah! Y ese gigantesco árbol en el que viven, todos metidos en esos agujeros a los que llaman hogar, alejados de cuanto les rodea.

Y en uno de esos agujeros vive el que salvó a aquel sobre quien trata este relato. Un viejo na´rin que, como buen anciano, transmite su buen saber a un pequeño grupo de inquietos jóvenes que le prestan atención con devoción. Con él aprendían los principios más elementales de su pueblo, pero también conocimientos tales como el arte de la caza, el aprendizaje sobre las plantas, y la no menos importante de las enseñanzas: el conocimiento sobre el equilibrio. Podría decirse que aquel hogar era como la mayoría de los agujeros que poblaban el colosal tronco del árbol, pero si había algo que lo diferenciaba del resto, era sin duda que estaba abarrotado de grandes estanterías repletas de viejos y polvorientos tomos de todo tipo que el propio profesor, que así lo llamaban el resto de sus conciudadanos, fue acumulando a lo largo de los años. Uno podía perderse

la vida entre las páginas de los manuscritos que atesoraba el anciano en la suerte de biblioteca en que se había convertido su hogar.

Y allí estaba, sentado en su cómoda silla, con la cabeza gacha y la espalda encorvada sobre uno de aquellos enormes libros, que se le iban antojando cada vez más pesados a medida que pasaba sus años, ante aquellos pupilos a quienes siempre leía con entusiasmo. «Al viejo Cormilo le costaba dormir en su yacija al acabar el día, y cuando por fin rendido ante el sueño caía, era a la hora en que desde sus nidos hambrientas cantaban las crías. Tan harto estuvo el pobre y viejo Cormilo, que con un palo quebró los nidos y adiós a los pajarillos».

Los jóvenes na´rin rieron con las palabras del profesor. Cuando sus risas cesaron, este continuó. «Con la conciencia no muy limpia, el viejo Cormilo durmió hasta el final del día. Sin nada que le perturbara, dejó abierta la ventana para que algún grillo entrara. ¡Con qué magnífica serenata hizo el bicho que roncara!».

Ante las rimas el profesor los jóvenes aplaudieron y volvieron a guardar silencio para que continuara leyendo. «Pasó tan buena velada que la noche siguiente el viejo volvió a dejar abierta su ventana, deseoso de que el grillo divino por ella entrara. ¡Malditos!, gritó Cormilo, cuando llegó el bicho con familia y amigos. Al día siguiente, no sin razón llamaron al viejo Cormilo el Chiflado, cuando lo vieron subido al árbol montando un nido».

Las lecciones del anciano eran muy controvertidas y hacían que los jóvenes aprendiesen de formas muy divertidas toda clase de materias y principios. Algunos na´rin ancianos desaprobaban sus métodos, pero ninguno se quejaba, ya que era el único en disposición de enseñar a sus descendientes mientras que el resto dedicaba su tiempo a sus respectivas ocupaciones.

—Bueno... —dijo el profesor al cerrar el pesado libro, mientras observaba a un joven que se encontraba en el rincón más alejado de la estancia—. ¿Qué crees que nos intenta decir el viejo Cormilo?

El niño en cuestión era Lerno. Tenía el pelo largo y muy oscuro, a diferencia de sus compañeros; él era medio salvaje y sus rasgos le delataban tanto que trataba siempre de sentarse a una distancia prudente del resto de sus compañeros na´rin, quienes sentían repulsa o simplemente miedo. El muchacho, que no estaba prestando atención al anciano, miraba a través de la ventana que tenía a su lado, hasta que el continuo silencio de sus compañeros y sus furtivas miradas le dieron a entender que el profesor se estaba refiriendo a él. Cuando se percató, abandonó la ventana y miró al profesor con aquellos ojos que relucían con el color de las esmeraldas, único rasgo que su madre le legó y que era envidia de muchos na´rin, por ser considerado un don extraño y muy

apreciado.

—Nos dice que hay que cerrar la ventana. Aunque la de mi alcoba es tan pequeña que ni siquiera tiene puerta —respondió el joven.

Todos sus compañeros rieron, incluido el profesor, que dejó a un lado aquel pesado libro y se levantó con esfuerzo de su asiento.

—Querido muchacho... —habló el anciano, mientras se paseaba entre las hileras de taburetes de sus pupilos—. El viejo Cormilo nos explica la propia esencia del equilibrio.

El profesor tenía en su rostro las arrugas que solo una vida dedicada a la enseñanza puede conferir. Cuando su maestro murió, tuvo que ocupar su lugar desde bastante joven. Han sido tantas las generaciones que han gozado de sus lecciones, que incluso su propio nombre terminó perdiéndose entre las páginas de alguno de los libros que tan fervientemente custodia.

—Cuando el viejo mató a todos los polluelos alteró el equilibrio. No habiendo ningún ave que los amenazase, los grillos proliferaron para estorbar al anciano. Pero hay algo más oculto entre sus palabras. ¿Sabrías decir el qué? —volvió a preguntar al muchacho.

—Él intentó restaurar el equilibrio —respondió el joven.

El profesor asintió con su cabeza.

—De nada sirve que el viejo corrija los errores cometidos, si él mismo es quien no encaja.

Los niños empezaron a intercambiar preguntas en voz baja cuando oyeron sus palabras. Luego, prosiguió con su discurso.

—Todo estaba allí mucho antes de que Cormilo llegase para construir un hogar en el que dormir. Rompió el frágil equilibrio de los pájaros, de los grillos y de todo cuanto molestaba al anciano —el profesor se acercó a Lerno con paso calmado mientras daba su discurso.

—Todos los seres del mundo lo habitan por un motivo. En ello consiste el equilibrio —acabó su discurso el anciano profesor cuando se detuvo ante el muchacho, que le miró con aquella expresión de felino.

—Creo que por hoy ya ha sido suficiente. Sabed que dentro de poco tendrá lugar la gran cacería. No es un asunto que podáis tomar a la ligera. Regresad a vuestros nidos antes de que la noche los llene de grillos.

Todos los jóvenes na´rin recogieron sus enseres y abandonaron rápidamente el lugar entre cuchicheos y murmullos. Todos, salvo uno. El mestizo que estaba sentado ante el profesor observaba como sus compañeros atravesaban el umbral de la puerta para regresar al hogar de sus familias. El anciano esperó pacientemente hasta que el último de ellos se marchó cerrando tras de sí la puerta con un sonoro portazo, que resonó entre las hileras de armarios.

—Mi querido Lerno..., ¿qué es lo que tanto te aflige? —preguntó el profesor.

—Me gustaría ser como ellos —respondió el muchacho, quien volvió a mirar a través de aquella diminuta ventana.

El profesor se acercó y se inclinó junto a Lerno para observar el exterior, donde varios niños se alejaban mostrándoles la espalda mientras ascendían por la larga escalinata en dirección a sus casas. A su derecha, la silueta de las altas cumbres nevadas que se fundían con el azul del cielo capturó su atención.

—Entiendo a qué te refieres —dijo después un tiempo.

—No —negó Lerno volviéndose hacia el profesor—, no lo comprende. Usted no es distinto a ellos.

—No hay nada de malo en ser diferente. Créeme, te lo dice un viejo y arrugado na´rin, pero también te lo diría si fuera un hombre. Mis ojos siempre te verán tal y como en realidad eres.

Lerno agradeció las palabras del anciano, pero su sonrisa menguó tan pronto como afuera algunos de aquellos jóvenes na´rin rieron al señalar hacia la ventana.

—Todo el mundo me odia —se lamentó el muchacho bajando la vista al suelo.

El profesor puso una mano sobre su hombro y señaló con la otra hacia la diminuta ventana.

—Solo los amigos de verdad te verán tal y como eres, sin importar desde qué ventana te miren —trató de tranquilizarlo el profesor—. Si no, echa un vistazo a sus ojos y dime qué ves en quien se esconde bajo la ventana tratando de no ser descubierto.

Lerno se alzó sobre su taburete y estiró el cuello para tratar de mirar bajo el alféizar de la ventana, donde descubrió a un na´rin de edad similar a la suya, que le observaba con ojos avispadados mientras le hacía señas con una mano. Cuando cruzaron sus miradas, el joven na´rin le dedicó una

amplia sonrisa que lo contagió e hizo que olvidara por completo aquellas diferencias que les separaban. Cuando éste se percató de la presencia del profesor que yacía de pie junto al mestizo, volvió a esconder su cabeza bajo la ventana con temor. Lerno no pudo evitar soltar una carcajada cuando vio su reacción. Luego miró al profesor, pero este estaba absorto, con la vista perdida en algún lugar entre las montañas.

—¿A qué estás esperando? —dijo de pronto el profesor—. Nunca hagas esperar a un amigo.

En muchos aspectos Lerno era como cualquier otro joven de entre los na´rin, salvo por el hecho de que el padre del muchacho era un humano al que nadie conocía y del que había heredado ciertos rasgos que lo diferenciaban del resto. Tenía mayor semejanza a un felino que a un na´rin, y sus orejas eran perfectamente redondas, a diferencia de las de los na´rin, que eran algo pequeñas y pegadas a la cabeza. Su nariz, prominente y recta, contrastaba con la de aquellos que la tenían algo regordeta. Pero a pesar de las diferencias, este no era el motivo por el que las gentes de Alicorn trataban de poner tierra de por medio cuando se encontraban con el chico.

Aunque Lerno no era del todo consciente, su madre fue condenada a un exilio impuesto por contravenir los deseos del consejo de ancianos. Y es que no hay nada en el mundo que los na´rin odien tanto como odian a los humanos, con los que ella decidió emprender una aventura amorosa que culminó con su muerte. Cuando perdió el derecho a vivir entre los suyos, también lo haría la criatura que trajo consigo. A la que ningún na´rin se atrevió a tocar. Ninguno, salvo uno. El viejo profesor acogió al muchacho y lo cuidó lo mejor que supo, a pesar de que aquello significaba perder su lugar en el consejo. Sin ningún nombre ni posesión más que la esperanza de que algún día aquellas gentes lo aceptaran en su seno como a uno más.

El profesor se entristeció de pronto, pero se sintió orgulloso por el joven en que se había convertido tras los años que habían compartido el uno al lado del otro.

Lerno se despidió del profesor, dejándolo solo entre sus pensamientos, y salió al encuentro de su amigo, que seguía escondido bajo la ventana.

—El profesor te echa de menos —le espetó Lerno con gesto serio.

El pequeño na´rin dio un brinco y lo miró con los ojos muy abiertos. Al ver que estaba solo, le dedicó una amplia sonrisa que le sirvió a modo de respuesta.

Halby era un na´rin con un carácter... distinto. No es que fuera diferente al resto, pero su personalidad contrastaba con el resto de los de su raza,

como lo hace el día con la noche. Extrovertido cuanto menos, pasaba la mayor parte de su tiempo gastando bromas y riendo, aunque en muchas ocasiones le trajera más de una reprimenda. No le importaba en absoluto lo que el resto pudiera pensar de su inusual comportamiento. Tal vez ese era el motivo por el que Lerno se sentía cómodo con el joven na'rin, con el que llegaba incluso a olvidar su aspecto y las diferencias que los separaban. Pasaban largas jornadas explorando los rincones del árbol y hacían travesuras cuando se rebelaban contra el aburrimiento que suponía pasar el día entero sobre un gran árbol con demasiada paz. Y es que los jóvenes en su edad tenían prohibido descender sin que un adulto los acompañase.

Ambos compartían aquellas largas horas a escondidas en un agujero que había permanecido abandonado durante mucho tiempo. No es que sobraran los agujeros en el árbol, sino más bien lo contrario. Familias de muchos miembros vivían aglutinados en míseros espacios en los que no cabían ni estando derechos. Pero aquel amplio, abandonado y polvoriento agujero había pertenecido a la madre del mestizo y, por ende, nadie quería pasar ni un solo instante en él.

Se suponía que el muchacho debía heredarlo, pero tras muchas discusiones entre el profesor y el resto de miembros del consejo, jamás se le otorgó tal derecho de nacimiento. Aun así, tanto el profesor como ambos jóvenes sabían que ninguno de aquellos orgullosos na'rin osaría meter sus narices en aquel lugar.

Para aquellos dos la arboleda se tornaba un insoportable remanso de paz. A excepción de las divertidas lecciones del profesor, el banquete que se celebraba al final de cada cacería y anunciaba la llegada del invierno, o incluso sus incursiones por el bosque en busca de las aventuras que tantas veces los pusieron ante el gran consejo, pocas eran las alternativas existentes para pasar su tiempo.

Las cacerías no eran eventos recurrentes, como sucede en la costumbre de los hombres, que cazan cuando aprieta el hambre o cuando pretenden saciar la ciega sed del ocio. Para las gentes del árbol acabar con la vida de una bestia era como acabar con una parte de ellos mismos. Semejante sacrificio era premiado con el respeto y la admiración del pueblo por el acto cometido en pro del bien común, al que debía enfrentarse todo cazador que participase en la cacería. Cuanto mayor y más grandiosa era la presa, mayor la gloria del cazador. Lerno lo sabía. Había visto el modo en que los na'rin trataban a aquellos que regresaban con las mejores piezas de caza. Aquel deseo había ardido en su interior desde que tenía conciencia.

Y allí estaban los dos, rodeados de mugrientos y destartalados muebles, urdiendo fantasiosas conjeturas acerca de la próxima cacería, en la que

ambos participarían por primera vez en sus vidas.

—¿Crees que este año te dejarán ir a cazar? —preguntó Halby, mientras apuntaba a Lerno con un arco imaginario.

—Espero que sí. No me lo pueden impedir —respondió este refiriéndose al consejo—. El profesor dijo que no debía preocuparme por eso.

—Pero sin un arco..., ¿te has planteado cómo te las arreglarás para poder dar caza a cualquier cosa? —planteó Halby al percatarse de que le apuntaba con su arco imaginario—. Al menos, yo tengo el que me regaló mi padre. Pero el profesor no tiene ninguno que poder darte.

—Ya idearé algo —dijo pensativo, observando a su amigo—, como hago siempre.

—¿Y si te tropiezas con alguna fiera? No podrías defenderte con cuerdas y piedras —concluyó.

Lerno lo miró fijamente sin pestañear un ápice, con los ojos abiertos como platos mientras movía lentamente sus hombros, como una fiera que danza cuando está a punto de abalanzarse sobre su presa. Halby sentía un miedo atroz cada vez que el muchacho de rasgos humanos interpretaba a los salvajes de las historias que contaban a los niños. Bien por su sangre de salvaje, o por sus facciones, Halby siempre corría mientras Lerno trataba de atraparlo dando grandes saltos como lo haría una fiera. De cualquier manera, aquella particular cacería siempre terminaba entre risas. Recorrieron la estancia hasta terminar rendidos boqueando sobre el suelo, mirando al techo. Cuando todo pareció quedar en calma en la apenas iluminada estancia, un inesperado crujido en el techo llamó su atención. Se mantuvieron observando y otra vez y aquel crujido volvió sonar sobre sus cabezas.

Una pequeña fisura completamente recta quedó a la vista. Lerno dio una patada sobre el suelo. Algo se removió en el interior del techo e hizo que cubriera de polvo a su amigo. Este tosió y lo cubrió a insultos, pero guardó silencio cuando el techo sobre sus cabezas volvió a crujir nuevamente, dejando al descubierto una pequeña abertura. Ambos intercambiaron sus miradas y, sin mediar palabra, empezaron a dar patadas contra el suelo. Lo que fuera que hubiera estado oculto en aquel lugar cayó a los pies de los chicos con un ruido sordo. Ambos esquivaron el objeto y trataron de alejarse tan rápido como pudieron.

Cuando la nube de polvo se dispersó, se acercaron a escudriñar de qué se trataba, sin poder separar la vista del objeto alargado. Parecía haber sido envuelto con prisas entre viejos trapos y un fino cordón de seda, cuyos

nudos discurrían a lo largo de lo que fuera aquello.

—Lerno —dijo Halby con voz temblorosa—. ¿Crees que es lo que parece?

Este le respondió con una mirada de emoción que no logró contener.

—¿A qué esperas? —le urgió.

Lerno asintió y, aunque en un principio dudó, empezó a desatar aquellos nudos por un extremo del objeto con sumo cuidado. Cuando deshizo el quinto nudo, una parte del objeto quedó a la vista, mostrando la cabeza de un ave similar a una lechuza, con su afilado pico curvado tallada en madera. El cuello del ave se extendía a lo largo del cuerpo del objeto, que aún estaba oculto entre los pedazos de trapo.

—¡Es un arco! —exclamaron al unísono al ver el pequeño espacio bajo el pico, que estaba dispuesto para albergar el extremo de una cuerda.

Uno por uno, fueron desatando el resto de nudos hasta que no quedó ninguno. Volvieron a cruzar sus miradas sabiendo que solo restaba un paso para desvelar el resto. Halby retiró sus manos y esperó a que Lerno diera aquel último paso.

Cuando por fin apartó la polvorienta tela, el cuerpo de un arco largo, tallado en madera de cerezo, quedó completamente al descubierto. En su extremo contrario, encontraron otra cabeza de lechuza exactamente igual a la opuesta, cuyos cuellos se retorcieron recorriendo con sus plumas labradas el cuerpo de la madera hasta el agarre, que había sido tallado con la forma de unas alas entrelazadas.

— ¡Lerno, es impresionante! —saltó Halby—. ¿Crees que fue el arco de tu madre?

Lerno lo observó como si se tratara de un tesoro inalcanzable para él.

—No puede ser... —respondió, sin poder creer lo que tenía ante sí—. Dijeron que habían quemado todas sus cosas.

—Tal vez alguien lo escondió aquí para que no lo encontrasen —supuso Halby.

De pronto, la estancia quedó entre penumbras durante un instante, como si alguien hubiese atravesado velozmente la ventana, por la que entraba la única luz que iluminaba el lugar.

Tanto Halby como Lerno miraron hacia la ventana con una mezcla de temor y sorpresa, pero no había nadie. Lerno trató de envolver

rápidamente el arco, pero su amigo se lo impidió sujetándole los brazos.

—¿Pero qué haces?—lo increpó.

—¿Qué ocurrirá si lo descubren? —le respondió.

—¿Es que no te das cuenta? —trató Halby de llamar su atención, que estaba puesta en la ventana—. Apenas habíamos hablado acerca de cómo te las arreglarías en la cacería sin un arco, y va y nos cae uno encima. Es como si ella quisiera que lo tuvieras.

Lerno lo miró con los ojos muy abiertos. El brillo en su mirada dejó entrever la tristeza que sentía en su interior.

—Lo siento... —se disculpó Halby.

—Tienes razón —lo cortó Lerno—. Ya no me importa que me vean con él. Pero de poco me sirve sin una cuerda.

—Ese no va a ser el problema —lo alertó Halby, señalando con sus dedos un lugar en la madera—. Fíjate en eso.

Lerno miró el lugar que su amigo le indicaba. Unos diminutos agujeros amenazaban con acabar lentamente con el arco si no se le daba una solución a tiempo.

—Creo que deberíamos llevárselo a mis padres —sugirió su amigo—. Ellos sabrán qué hacer. Además —añadió—, no nos sirve de nada sin esa cuerda.

Desde que tenía uso de razón había querido participar en la cacería. Fantaseaba con ello cuando se encontraba a solas en la alcoba que el profesor le había procurado, en el interior de su hogar. Allí urdía improvisadas trampas con cuerdas, que durante un tiempo enloquecieron al anciano y a sus visitantes. La aparición de aquel arco lo cambiaba todo por completo. Pero aún había un asunto que le carcomía por dentro. Halby, quien lo conocía bastante bien, se percató casi al instante.

—¿Qué te pasa ahora? —le preguntó.

—No querría molestar a tus padres, ni poseo nada que ofrecer a cambio.

A nadie en aquella ciudad le entusiasmaba la idea de tener a un mestizo relacionándose con sus hijos, ni mucho menos verse sometidos al chismorreó de sus conciudadanos. Para aquellas gentes tener un padre desconocido era tan grave como romper el equilibrio que con tanta devoción adoraban. Por suerte para el muchacho, los padres de su único

amigo eran la excepción que confirmaba aquella regla.

Halby ignoró sus palabras y se dirigió hacia la salida.

—¿A qué esperas? —lo llamó, asomando su cabeza desde el otro lado de la puerta—. Aquí afuera hace un frío que espanta.

Lerno envolvió el arco lo más rápido que pudo y se dirigió hacia la puerta, donde se detuvo un instante para dedicar una última mirada hacia el interior.

—Gracias..., mamá.

Cuando el muchacho cerró la puerta, la casa de su madre se quedó en completo silencio, como si aquel lugar estuviera conteniendo el aliento hasta su regreso.

© Miguel Ángel Fuentes Erenas, 2017

Todos los derechos reservados a nombre del escritor de esta obra literaria.

Nota del autor: ¡Si te ha gustado y quieres que continúe, no olvides valorar la obra! Es muy importante para nosotros ver como nuestro tiempo y esfuerzo va dando sus frutos, por muy pequeños que sean, toda opinión es importante.

Visita mi blog: <https://crucedelcuervo.com/>

Habla conmigo en Facebook: <https://www.facebook.com/mafuentesese/>

Capítulo 4

CAPÍTULO II

En Alicorn no existían ni el comercio ni el oro que con tanta ambición codiciamos los hombres. Al sur de las cumbres de hielo, el dinero siempre ha sido y seguirá siendo motivo de disputa. Las gentes lo acumulan y lo pierden junto a su vida, y es responsable de que haya gobernantes con demasiado poder que solo velan por sus intereses. Sin embargo, en Alicorn no hay monedas que se pueden robar ni guardar en el interior de una bolsa sujeta al cinto, junto a un cuchillo bien afilado. En su lugar, las gentes del árbol obtienen lo que necesitan a través del intercambio de bienes o de favores. Necesité bastante tiempo para comprender lo que significa para un na´rin recibir algún favor por parte de otros. Más aún si estos son solicitados.

En nuestro mundo, puedes pedir tantos favores como te venga en gana a cambio de un vaso de vino, o los servicios de cualquier fulana por un par de monedas. Pero para los na´rin, recibir cualquier favor implicaba estar en deuda con la otra parte hasta que esta le pidiera un favor de valor similar al otorgado. No importa el tiempo que transcurra, ni qué descendiente se haga cargo de la misma. Aunque el deudor muera, la deuda debe quedar satisfecha. Quienes no lo cumplían, su honor y el de su familia caía en desgracia por el resto de sus vidas. Era la base sobre la que se asentaba el bienestar en Alicorn.

El profesor era el mayor ejemplo en cuanto a intercambio de favores. Cierto es que no estaba obligado, pero daba sus lecciones a los más jóvenes, aunque sus progenitores no se lo pidieran. A cambio, proveían al anciano de comida, muebles, ropa y todo cuanto alguien de su edad pudiera necesitar. A pesar de que sabían con certeza que el mestizo moraba bajo su tutela.

Todos estos pensamientos sacudieron su cabeza, mientras ambos descendían por la larga escalinata de camino al hogar de la familia de su amigo. No tenía dinero ni oficio con el que poder respaldar un favor como aquel. Un tendón era una cosa, pero la reparación de un arco exigía de habilidad, materiales y tiempo. Aunque ya estaba anocheciendo, miró el arco y trató de reconfortarse pensando que, si algo tenía, era tiempo de sobra, que solía emplear para estar junto al amigo que caminaba a su lado, o leyendo viejos tomos polvorientos en el hogar del profesor. «Tal vez podría trabajar en su taller», pensó en cuanto apareció, tras el último recodo de la escalinata, la lámpara de aceite encendida que solía pender

sobre la puerta del agujero donde vivía Halby con el resto de su familia.

Halby era otro de los jóvenes de quien el resto parecían tratar de mantener las distancias. Aunque no en la misma medida con que sucedía con el mestizo. A pesar de que la dedicación de su padre era imprescindible para la comunidad sobre el árbol, muchos la llegaban a considerar una temeridad. Otros, no obstante, lo concebían como un mal menor por el bien de muchos. Pero todos ellos trataban de evitar, siempre que podían, a la familia del curtidor. Dejando a un lado la moral del asunto, el señor Halmor, el padre del muchacho, era alabado por la gran calidad de todos sus trabajos. Tal era su reputación, que tuvieron que construir junto a su hogar un enorme artilugio que requería de la fuerza de varios na'rin para elevar, mediante varias cuerdas y poleas, las grandes piezas provenientes de las partidas de caza. Estas terminaban siempre en su curtiduría, donde era habitual verlo despellejando las ensangrentadas pieles con la frente empapada de sudor. Luego las exponía en los tenderetes que precedían durante esos días la entrada al hogar de su familia. Si sentías curiosidad por conocer cómo había marchado la cacería, ese era el lugar al que debías acudir. Justo donde ahora se encontraban los muchachos.

Su amistad con Halby era una relación condicionada por aquella situación que les alejaba del resto de los que habitaban el árbol. ¡Vaya si se tenían estima! Halmor y Eina valoraban aquella relación, así que permitían al mestizo quedarse en su taller para observar su trabajo, e incluso en algunas ocasiones Halmor permitía que le echara una mano cuando le hacía falta, sobre todo tras cada cacería, cuando el trabajo se atrincheraba tras sus puertas. A Lerno no le asustaba la visión de la sangre que se escurría por la mesa y salpicaba el suelo cuando se llenaban las cubetas de madera, ni el hedor que emanaba de las entrañas de las bestias que el curtidor despellejaba, mientras su mujer se quejaba recorriendo el agujero para abrir las ventanas. Por el contrario, su hijo Halby, que era quien se suponía debía aprender aquel oficio, sentía verdadera repulsa y trataba de mantenerse al margen tanto como podía. En más de una ocasión Halmor empleaba a Lerno como ejemplo, y este siempre se excusaba alegando que su amigo era mitad salvaje y no necesitaba acostumbrarse. Como siempre ocurría, tanto el curtidor como el mestizo terminaban haciendo el trabajo solos, pero entre risas. Siempre había alegría bajo el techo de aquella familia, o como solía decir el profesor: «Cualquier madero es bueno cuando te alcanza el agua al cuello».

Cuando por fin alcanzaron la puerta, se vieron forzados a detenerse al escuchar los gritos que salían desde el interior de la vivienda. Eina, madre de su amigo, gritaba acalorada a su marido en una de aquellas discusiones en las que más valía no estar presente. Ambos intercambiaron sus miradas y, sin necesidad de pronunciar palabra, se apresuraron a ocultarse bajo el alféizar de la ventana. Desde aquel recurrente escondite,

asomaron sus cabezas para ver lo que sucedía. Adentro, el fuego refulgía en el hogar de la chimenea a la izquierda, e iluminaba con sus llamas el resto del lugar con un cariz hogareño. Algunas lamparillas habían sido encendidas y estaban dispuestas sobre la mesa, donde se encontraba sentado el señor Halmor, recortando algunos retazos de cuero, como solía hacer antes de la cena. Eina, su esposa, caminaba de un lado para otro dando voces al curtidor mientras rebuscaba, desesperada, en los lugares y muebles por donde pasaba. De pronto, y aprovechando que su mujer le dio la espalda, el señor Halmor hundió su mano entre los relates de cuero que había ido amontonando sobre la mesa. A Eina no se le pasó por alto el gesto de su esposo, y al volverse descubrió la artimaña. Después de acercarse, rebuscó entre los pedazos de piel, mientras Halmor actuaba con normalidad oteando con sus diminutos ojos la piel que tenía entre sus manos. Cuando Eina dejó de rebuscar, sacó de aquel montón un pequeño cuchillo que reconocieron al instante. Se trataba del cuchillo que la madre de Halby usaba en su cocina.

Los cuchillos, así como cualquier utensilio cortante o punzante, eran realizados empleando distintas savias procedentes de algunos árboles del valle. Bien es cierto que no hay nada como un buen cuchillo forjado en hierro. Pero tal práctica se antojaba lejana para los na'rin que vivían de lo que el valle les ofrecía. El conocimiento del hierro les resultaba un misterio, aunque poco les importaba. Cualquier objeto que traían consigo los salvajes era abandonado junto a sus cuerpos ante el umbral del desfiladero.

—Halmor..., ¡el cuchillo! —gritó Eina fulminando a su marido con la mirada—. ¿Cuántas veces te he dicho que pertenece a la cocina?

—Lo siento, cariño... —se disculpó Halmor con su practicado tono de voz—. Prometo que mañana trataré de conseguir uno nuevo para mi taller.

—¡No me vengas con esas! —le gritó muy seria—. ¡Este es mi cuchillo!

Eina giró sobre sí misma y caminó en dirección a la pequeña cocina que había al fondo de la estancia. Consistía en un hornillo de piedra que le llegaba hasta las caderas, una despensa muy surtida de frutas y verduras, así como una fuente que surgía del interior del tronco del árbol, por la que constantemente discurría el agua procedente de las nubes que este capturaba con sus enormes ramas.

—¡Y es el que mejor corta! —canturreó alegre su marido, al tiempo que se levantó de su silla y bordeaba la mesa tratando de mantenerse a una prudente distancia de su esposa.

Afuera, ambos amigos rieron y se debatieron si era el momento adecuado para entrar en la vivienda y salvar a Halmor de la cólera de su esposa.

Halby creyó que su padre aún sería capaz de sobrevivir un rato más. Así que permanecieron allí asomando sus cabezas sobre el alféizar, disfrutando del espectáculo que estaba teniendo lugar al otro lado de la ventana.

—Si mañana no vuelves con mi nuevo cuchillo, imás te vale no volver a entrar por la puerta! —vociferó Eina, y trató de atrapar a su marido, quien cambió de lugar en la mesa mientras reía.

—Si le pido otro cuchillo al cuchillero, acabaremos debiéndole tu hornillo —canturreó Halmor cuando volvió a sortear a su esposa, moviéndose al otro lado de la mesa.—¿Y no te debe ninguna prenda de calzado? —rugió ella con el cuchillo alzado, mientras volvieron a intercambiar su posición en torno a la mesa.

—Ese condenado siempre anda descalzo —se excusó él con el rostro enrojecido y sin apenas aliento. En cambio, su mujer iba ganando fuerzas.

—Creo que es el momento —susurró Halby a Lerno, que estaba más cerca de la puerta.

Tres sonoros golpes resonaron en el interior, sumiéndolo en un profundo silencio, solo roto por los pasos que se escucharon al otro lado de la puerta.

Lerno adoraba a aquella familia. Para ellos no era más que el amigo de su hijo y un visitante recurrente al que abrían la puerta cuando llegaba de visita. Para el chico, aquellos na´rin eran lo más parecido que había tenido a una familia. A excepción del profesor, que pasaba largas jornadas sumergido en sus viejos libros, o en las eternas y aburridas reuniones con el gran consejo de ancianos en la cima del árbol.

Al momento la puerta se entreabrió. Eina asomó su sonrojada nariz, tratando de encontrar con expresión de dureza al inoportuno visitante que se había atrevido a golpear la puerta de aquella manera. Miró a ambos lados sin encontrar a nadie, hasta que se percató de la presencia del muchacho, que la observaba desde muy abajo de su nariz. Ambos se miraron durante un largo instante. Él con temor, ella con las cejas fruncidas.

—¿Sabes que acabas de salvar a Halmor? —le preguntó con un hilo de voz.

—¿Sí? —respondió el muchacho mientras hacía un esfuerzo por aparentar sorpresa.

Eina no pudo soportarlo más y, aunque su ceño permaneció fruncido, sus labios se curvaron mostrándole una amplia sonrisa que delató su actuación.

—¿Sabes que te debe un favor? —volvió a preguntarle en cuanto vio la sonrisa del muchacho—. ¿Cierto? Y bien gordo —puntualizó—. Venga, pasad. Pronto serviremos la cena. Esta noche te sentarás con nosotros a la mesa.

Tras decir aquello, dio media vuelta y, antes de perderse en el interior de la vivienda, dedicó a su hijo una mirada severa. Este dejó de sonreír al instante. Aunque Lerno no era su hijo, Eina tenía un trato especial hacia el muchacho. A decir verdad, era la única mujer en todo el valle que sentía verdadero aprecio por el muchacho.

Cuando ambos cruzaron el umbral de la puerta y acostumbraron sus ojos a la luz del hogar, lo primero que vieron fue el alivio en el rostro de Halmor y la mueca de enfado que le dedicó su esposa cuando regresó nuevamente a la cocina.

—¡Pero qué sorpresa! Habéis llegado en el mejor momento... —canturreó Halmor, mientras se secaba el sudor de la frente y se afanaba en recoger todas aquellas pieles sobre la mesa—. Eina estaba a punto de preparar la cena. Quédate con nosotros, ¿quieres? ¿Y qué es eso que nos has traído?

—Es mi nuevo arco —respondió alegre, con una sonrisa y la voz temblorosa.

Al escuchar aquellas palabras, Halmor se quedó paralizado y alzó sus pobladas cejas debido a la sorpresa.

Eina, que se encontraba en la cocina, escuchó las palabras del muchacho y se volvió para mirarlo. Cuando descubrió el bulto recubierto de sucios y polvorientos trapos dio un grito. No pudo evitar que un cazo de barro se le escapase de las manos y terminase hecho añicos. Todos se sorprendieron ante aquella reacción.

—¿De dónde has sacado esa cosa? —dijo alarmada. Cuando se dio cuenta de que era el centro de atención, bajó su tono y añadió—: Vas a llenarlo todo de polvo. Déjalo en la mesa de la entrada. Tras la cena habrá tiempo para verlo.

Eina observó como el chico obedecía sin apenas quitarle un ojo de encima, hasta que finalmente dejó el bulto encima de la mesa que Halmor empleaba para dejar los encargos provenientes de los demás habitantes del árbol que requerían de sus servicios.

A todos les extrañó el comportamiento de Eina, más cuando todos sabían que aquello suponía una gran noticia que merecía una celebración por todo lo alto. Motivo por el cual Lerno no tardó en susurrar al oído de su amigo que tal vez no había sido buena idea traer con ellos aquel arco.

El lugar siempre solía estar perfumado con la fragancia de las flores que decoraban la inmensidad de jarrones distribuidos por cada rincón de la casa. La madre de Halby los confeccionaba con sus propias manos para todo aquel que precisara de algún lugar donde almacenar bebidas o semillas. Los había para todo tipo gustos. Desde grandes ánforas de gruesa panza, hasta diminutos y coloridos jarrones que servían para contener aliños o especias. En una ocasión, el muchacho rompió el jarrón favorito de Eina, y no precisamente por accidente. El padre de Halby encontró en una ocasión una extraña flor con una belleza y tamaño extraordinarios. Cuando llegó la noche y todos cenaban, la flor se abrió liberando un pestilente olor, y de su interior surgió un enorme insecto de largas patas que persiguió a la familia por toda la casa durante horas. Cuando Lerno apareció, se encontró con la familia al completo en el exterior, esperando a que el bicho se cansase y regresara a la flor. Pero el muchacho no se lo pensó. Tomó el largo madero con el que Eina atizaba la colada, y puso remedio al bicho cuando este trató de huir ocultándose en el jarrón. Desde entonces, siempre ha habido una tabla ocupando su lugar.

Lerno miró a su costado y el padre de Halby le guiñó un ojo con simpatía.

—Luego le echaremos un vistazo —le susurró por lo bajo, tratando de evitar que su mujer lo escuchara.

El característico olor que solía acompañar al curtidor le acarició la nariz en cuanto le habló. Era un sutil, aunque mal disimulado, aroma dulzón a hierbas y alcohol. Curtía con este brebaje las pieles en su pequeño taller; lo elaboraba a base de corteza, hierbas y raíces que mejoraban la calidad del cuero, en especial para la confección de las resistentes prendas que los exploradores usaban para guardar las montañas de visitantes inesperados como los salvajes. Halmor era delgado, en comparación con el resto de los na'rin. Tenía la espalda un poco encorvada y tendía a sonrojarse con facilidad cuando se reía, cosa que solía hacer la mayor parte del tiempo. Vestía un mandil que solía llevar a todas partes colgado al cuello, y que él mismo había ido componiendo a partir de pequeños pedazos de cuero de cada una de las criaturas que habían pasado por sus manos cacería tras cacería, lo que le confería un aire bastante excéntrico.

A pesar de las reprimendas de su mujer, le gustaba señalar con el dedo cada uno de aquellos retales y contar la historia que había tras ellos. Cómo había sido cazado, quién dio muerte a la criatura, las prendas o útiles que confeccionó con su cuero. Tenía tantos retales que contarlos era casi imposible, y si te pillaba mirándolos, terminabas escuchando algunas

de aquellas viejas historias, aunque no quisieras.

Eina, en su caso, era una de las na´rin más bellas de todo Alicorn. A decir verdad, de las pocas na´rin que quedaban sobre el árbol. Su marido en ocasiones decía que era una suerte tenerla como esposa, pues cada vez había menos féminas entre los na´rin. La expulsión de la madre de Lerno supuso la marcha de la fémina más joven con posibilidad de procrear. Cosa que dejaba a su hijo Lerno en una complicada situación moral, ya que era el último descendiente de los na´rin y, además, un mestizo.

Desde la mesa, solo se la podía ver de espaldas en la pequeña cocina al otro lado de la estancia. Tenía el pelo recogido en un elaborado moño de tonos cobrizos, que sujetaba con un delicado cordón de seda. Vestía una hermosa túnica del color de la hierbabuena, con infinidad de florituras desde el cuello hasta la cintura, con la que se movía con la gracia de un felino. Aunque su carácter se asemejaba más bien a una jauría de lobos cuando se enfadaba. A pesar de todo, siempre se portaba de forma afectuosa con Lerno y él la apreciaba por ello.

—¿Qué tal el viejo testarudo? —preguntó Eina, rompiendo el silencio, en cuanto se acercó a la mesa para dejar un enorme cazo repleto de frutas y verduras. Desprendían un agradable olor que les acarició el paladar.

—Está muy preocupado por la cacería —respondió el muchacho, mientras miraba con apetito la comida.

—No se lo discuto... —dijo ella, dedicando una furtiva mirada al bulto que descansaba cercano a la entrada—. La cacería es muy peligrosa...

Eina distribuyó los cuencos vacíos como era habitual, y la cena transcurrió entre divertidas bromas que la hacían enfurecer, risas, algún que otro tirón de orejas y las historias que Halmor relataba sobre cacerías del pasado y las presas que habían llegado a su curtiduría, acompañadas de las también habituales quejas de su esposa. A Lerno no le importaba. Era el único que escuchaba al curtidor como si cada vez fuera la primera, y este las relataba dirigiéndose entusiasmado al muchacho.

—Tenía tan mala puntería que cuando me trajo al jabalí me sorprendí de que no tuviera ninguna herida —dijo Halmor mientras inspeccionaba un animal imaginario sobre la mesa.

—Cuando le pregunté, me dijo que estaba tan harto de volver sin ninguna presa, que se pasó cuatro días enteros persiguiendo a la pobre bestia hasta que se murió sola. O el o yo, me decía.

Todos rieron salvo Eina, que miraba distraída hacia la entrada.

Halmor notó su actitud y miró el bulto mientras arrugaba la nariz, en una mezcla de curiosidad y preocupación. Lerno y Halby también se percataron y recordaron de pronto que aún tenían pendiente el asunto del arco.

—Ahora que ya hemos terminado, veamos ese nuevo arco —dijo con ánimo Halmor mientras miraba de reojo a su mujer.

Cuando Lerno regresó a la mesa con aquel bulto, Eina se levantó de la mesa y se marchó a la cocina sin dirigirle la mirada al muchacho. Lerno la observó con preocupación, pero Halmor captó su atención pidiéndole que lo desenvolviera y lo dejara sobre la mesa.

—Solo falta ponerle una cuerda y podremos cazar juntos en nuestra primera cacería —dijo Halby tratando de contener la emoción.

Cuando Lerno descubrió el arco Eina palideció súbitamente.

—¿No habíais dicho que era un arco nuevo? —preguntó desconcertado Halmor al ver el viejo arco.

—¿Lo habías visto antes? —preguntó de pronto Lerno dirigiéndose a Eina.

Esta miró al muchacho y regresó para sentarse a la mesa. Lerno la observaba con la esperanza de conocer su respuesta. Ella no respondió, se limitó a mirar sus verdes ojos, y una lágrima recorrió su mejilla hasta descolgarse sobre la mesa. Luego miró el arco que había recostado ante ella y lo acarició con sus delicadas manos, como si estuviera saludando a un viejo conocido.

—Mi padre talló este arco para tu madre —Eina parecía encontrarse en algún lugar de otro tiempo—. No tenía a nadie más, así que yo misma escogí la rama para regalárselo a mi amiga. A la que amé como a una hermana.

Lerno se sorprendió al escuchar aquellas palabras. Era la primera vez que alguien desobedecía las normas para hablarle acerca de su madre. Decidió no interrumpir y escuchar atentamente.

—Lura y yo éramos como vosotros dos. Incluso participamos juntas en nuestra primera cacería. Este fue el arco que ella usó. Y el que la ha acompañado durante tantos otros años cuando fue elegida como exploradora.

Lerno trató de cubrir con las telas el arco, al comprender el dolor que evocaba en ella su presencia, pero Eina las apartó dejándolo nuevamente

al descubierto para acercárselo a su marido.

—Creo que deberías echarle un vistazo —pidió a Halmor, que se había mantenido al margen hasta aquel momento.

Halmor ojeó con detenimiento la madera y ambos brazos a cada costado del arco. El agarre parecía deteriorado por el constante uso en el pasado, lo cual era normal, ya que se trataba de un arco bastante viejo. El gesto del curtidor se aseveró cuando descubrió los diminutos agujeros donde la madera parecía más deteriorada. Dio con sus dedos algunos golpecitos mientras mantenía el arco pegado a su oído. Todos se impacientaron al verlo hacer aquel gesto en repetidas ocasiones. Cuando volvió a dejarlo sobre la mesa miró a su esposa, y esta no necesitó palabras para comprender su mensaje.

Eina tomó el arco entre sus manos y lo miró largamente. Luego dirigió su mirada a su marido con un extraño cariz que Lerno no había visto nunca en la madre de su amigo. Halmor se removió en su silla incómodo, trazando un no con la cabeza y los ojos muy abiertos. La tensión se mascaba en el ambiente cuando Eina se acercó a su hijo y le susurró en el oído.

—¿Recuerdas aquella ocasión en que te pedí que fueras hasta la cima del árbol y volvieras? —empezó Eina, mientras su marido permanecía cruzado de brazos.

—Sí, claro —afirmó Halby con media sonrisa.

—Pues en esta ocasión hazlo solo hasta la puerta del profesor. Esto va a ser rápido.

Halby tiró del brazo de Lerno y obedeció al instante sin hacer ninguna pregunta. Cuando salieron, cerró la puerta tras de sí y torció de pronto hacia un costado, obligando a su amigo a que le siguiera bajo el alféizar de la ventana, donde se habían escondido al llegar la primera vez. Tras un largo silencio, solo roto por unos pasos y el sonido de alguna silla, pudieron escuchar la voz de Halmor, que les llegaba clara como la luz del alba.

—Podríamos hablar con Gildo. Nos debe más de una prenda desde hace varios inviernos.

No hubo respuesta.

—O podríamos pedírselo a Cornelio. Él nos debe un equipo completo que hicimos para su hijo, ¿recuerdas? —volvió a hablar Halmor, pero en esta

ocasión tampoco obtuvo respuesta—. O podríamos...

—Nadie en este maldito árbol va a hacerle un arco —cortó Eina con voz severa.

Lerno nunca había escuchado hablar a Eina de aquel modo, y aunque no le pillaban de sorpresa aquellas palabras se entristeció al oírlas.

La voz de Eina continuó escuchándose al otro lado de la pared.

—¿Qué crees que ocurrirá cuando Gildo, Cornelio, o cualquier otro, vea uno de sus arcos en manos del niño?

Lerno se ruborizaba cada vez que la oía llamarle niño, cosa que hacía cuando creía que no podía captarlo. Aunque tratase de disimularlo, para ella era como un hijo más.

—¡Lo sé!, ¡lo sé! —se escuchó la voz de Halmor—. ¿Y si solo le hacen un pequeño arreglo? Podríamos llegar a un acuerdo si...

—¿Crees que van a tocar ese arco después de lo que sucedió?

Lerno miró a Halby y él le devolvió la mirada. Posiblemente usar aquel arco no era buena idea después de todo, pero era su única opción si quería ganarse el respeto de su pueblo.

—Es hora de que vayas a hacerle una visita a Marlon —volvió a sonar la voz de Eina.

Lerno y Halby de nuevo cruzaron sus miradas. Ninguno de los dos había escuchado jamás aquel nombre.

—No —respondió de mala gana Halmor—. Definitivamente no. Ni pensarlo.

—No va a desistir de participar en la cacería junto a nuestro hijo con este arco —volvió a insistir Eina.

Halmor enmudeció.

—¿Quieres que Halby termine herido?

—No me obligues a verlo. No lo soporto. —Halmor parecía sumamente afligido.

Lerno y Halby no comprendieron por qué no podría soportar de ese modo

la visión de aquel a quien llamaban Marlon. ¿A qué se debía tanto miedo?

En el interior de la casa reinó durante largo tiempo el silencio, hasta que la sensual voz de Eina lo rompió.

—Halmor... —Aquel tono de voz entrañaba una gesta para el curtidor.

Lo que Eina dijo entonces se escuchó como el murmullo que se desvanece con la brisa. Al momento tres sonoros golpes resonaron al otro lado de la ventana donde ambos permanecían ocultos. Al mirar hacia arriba se encontraron con la cabeza de Halmor asomándose por la ventana mientras los iluminaba con un farolillo y el rostro decidido.

—¡Oh! Qué bien que estés aquí. Vamos, muchacho, coge tu arco y no te separes de mi lado. Mientras antes salgamos, antes podremos regresar.

Halby se quedó boquiabierto cuando vio a Lerno y a su padre descendiendo la escalinata en plena noche.

—¿Cómo...?, ¿a dónde? —logró finalmente preguntar Halby—. Si no hay nadie que viva hacia ese lado... ¡Este es el último agujero del árbol!

Eina miró a su hijo con una expresión de triunfo cuando Halmor y Lerno desaparecieron de la vista.

—¿De verdad quieres saberlo? —preguntó esta.

—Sí, claro.

—He prometido a tu padre que, si regresan con el arco reparado, vaciaría mi colección de jarrones y le regalaría el armario para sus trastos.

Halby no pudo evitar abrir los ojos de par en par con incredulidad.

—Pero ¿quién es ese que vive ahí abajo en el bosque?

El rostro de Eina se puso serio de pronto.

—Alguien a quien jamás querrías conocer.

literaria.

Nota del autor: ¡Si te ha gustado y quieres que continúe, no olvides valorar la obra! Es muy importante para nosotros ver como nuestro tiempo y esfuerzo va dando sus frutos, por muy pequeños que sean, toda opinión es importante.

Visita mi blog: <https://crucedelcuervo.com/>

Habla conmigo en Facebook: <https://www.facebook.com/mafuentese/>

Capítulo 5

CAPÍTULO III

A lo lejos podía distinguirse todavía el gran tronco del árbol del que no hacía mucho habían salido a hurtadillas. Lerno y Halmor, a la cabeza, se dirigían al norte con el farolillo apagado, para no levantar sospechas en quienes husmearan el horizonte desde sus ventanas. La noche había engullido el bosque y Lerno tenía la sensación de estar caminando entre tinieblas. Sobre sus cabezas, un cielo atestado de nubes complicaba aún más el paso.

Cuando el alto tronco del gran árbol quedó por fin oculto tras la silueta de las copas de los árboles cercanos, se detuvieron.

—Ahora ya podemos ver por dónde pisamos —dijo el padre de Halby, al tiempo que encendía el farolillo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Lerno cuando pudo ver por fin el rostro del curtidor, que parecía un tanto nervioso.

—Vamos a ver a Marlon. Vive al norte, justo en el límite del valle.

—Creía que todos vivíamos en el árbol.

Halmor alzó el farolillo hacia donde se dirigían, luego miró al muchacho.

—¿Ves algún camino que lleve al norte?

Lerno miró a su alrededor, pero solo encontró arbustos, madrigueras y árboles por todas partes, ninguna senda, ni siquiera una formada por el paso de los animales del bosque.

—Marlon es un renegado que vive al norte. Nadie excepto unos pocos sabemos de su existencia. Ahora no te separes de mi lado. Estos bosques no se transitan por un buen motivo.

Lerno dudó de que algún na´rin pudiese vivir solo al amparo de aquellos bosques. Aun así, siguió tras los pasos del curtidor, que iba poniéndose más nervioso a cada minuto. De pronto, el paisaje cambió y ambos se detuvieron.

—Aquí es donde debemos dar un rodeo hasta llegar al otro costado.

Lerno miró hacia adelante, donde solo podía ver árboles marchitos y la tierra desprovista de cualquier atisbo de vida. Una espesa neblina flotaba

entre los troncos de los árboles tornando el lugar aún más siniestro.

—¿Qué le ha pasado a este bosque?—acertó a preguntar Lerno.

—No mires hacia el bosque. Dicen que quienes lo miran terminan perdiendo la cordura —La frente de Halmor estaba empapada en sudor y parecía bastante asustado—. Quienes se internan jamás regresan. Vamos por este lado.

Ambos continuaron caminando hacia el este durante un largo trecho, dejando atrás el bosque marchito. El sonido del agua llegó entonces a sus oídos y ambos aceleraron el paso, hasta que pronto se encontraron con una suerte de riachuelo, cuya agua descendía apresuradamente besando cada piedra a su paso. Halmor se apresuró aún más y aquel tranquilo descenso del agua se transformó en el rugido de aguas más profundas. A pesar de la oscuridad que les rodeaba, supo que se estaban acercando a una gran cascada.

—¡Alto! —gritó Halmor, mientras sujetaba a Lerno con un brazo, y le impidió dar otro paso—. No te dejes engañar por el sonido del agua.

Halmor alzó el farolillo y alimentó la llama, mostrándole así lo que había más adelante. A un paso de donde se encontraban, una abertura en la tierra dejaba entrever el reflejo de la llama, muy abajo, en lo que parecía ser una gran caída.

—Aquí acaba el valle y empieza el gran océano. Si vieras más allá en la distancia, sabrías que no termina jamás. Lástima que solo pueda verse de día —Luego iluminó con el farolillo un estrecho paso—. Vamos por este lado. Ya casi hemos llegado.

Halmor parecía atemorizado. Lerno pensó en el sacrificio que suponía para el curtidor haber llegado hasta aquel lugar tan apartado de la comodidad de su agujero en el árbol.

Ambos cruzaron por aquel estrecho paso con sus espaldas pegadas a la fría piedra del acantilado, hasta que la llama del farolillo iluminó una abertura que se adentraba en la roca y les puso a salvo de aquel precipicio.

—¡Por fin! —exclamó Halmor, secándose el sudor de la frente—. Creía que jamás llegaríamos hasta aquí.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Lerno, tratando de ojear hacia el interior de la gruta.

—Esta es la entrada a su guarida.

Halmor avanzó unos pasos, entonces se toparon con una pequeña construcción que les impedía seguir.

—A ver..., había que pasar esto por aquí y... —Empezó a hurgar Halmor en aquel armatoste de maderas y cuerdas; finalmente algo liberó una puerta que se abrió con un crujido—. Vamos, pasa. A partir de aquí trata de no decir nada. Deja que sea yo el que hable.

Tras decir esto, prosiguieron por la gruta, hasta que encontraron una salida a cielo abierto al otro extremo. En aquel lado solo se veían las estrellas y dos grandes paredes de roca a cada extremo, como si en realidad la gruta continuara extendiéndose ante ellos con el cielo sobre sus cabezas. Más adelante, un estrecho río sin apenas corriente, no muy profundo y de aguas tan cristalinas que, aún con la luz del farolillo, les dejó ver algunos peces dando bocanadas de aire sobre la superficie. A un costado del agua, como clavada en la dura piedra, una pasarela formada de troncos les ofrecía paso para cruzar al otro lado.

Caminaron por la construcción iluminando la superficie del agua, de la que bebían algunas bestias que Lerno no recordaba haber visto nunca, con el pelaje blanco y prominentes cuernos sobresaliendo de sus cabezas como la raíz de un árbol buscando la tierra.

Cuando llegaron, las paredes se extendieron rodeando una pequeña colina oculta entre los acantilados. No había otra forma de acceder a aquel lugar más que por donde habían llegado. En lo alto de la colina, una luz delataba la lámpara en una de las ventanas de una gran construcción de madera.

A juzgar por la elaborada pasarela, Lerno intuyó que el tal Marlon parecía ser lo suficientemente habilidoso como para reparar su arco, aunque también lo suficientemente loco como para vivir en aquel lugar sin ninguna compañía. Halmor apagó la luz de su farolillo y pronto la de la ventana se apagó también, sumiendo el lugar en una completa oscuridad.

—Escúchame, Lerno —le dijo—. Deja que sea yo el que hable. Si se siente molesto, es muy probable que tengamos que salir corriendo.

Lerno solo se limitó a mirarle. Tal vez había sido una mala idea llegar hasta aquel lugar.

—No le gustan las visitas... —añadió pensativo Halmor.

—¿Qué quiere decir...?

Sin mediar palabra, Halmor echó a andar con paso decidido hacia la cabaña, y Lerno no tuvo más remedio que seguirle.

A medida que se acercaban empezó a comprender el temor del curtidor. Desde lejos y en plena noche no se apreciaba, pero la cabaña era inmensamente grande, más que cualquier agujero sobre el gran árbol. Quien vivía allí debía de ser de gran tamaño. Cuando alcanzaron la entrada no dejó lugar a dudas. Halmor apenas alcanzaba la mitad de la puerta.

Después de reunir el valor necesario, trató de golpear la gigantesca puerta. Los golpes apenas se escucharon.

Nadie pareció haber oído la débil llamada.

—Vaya —susurró Halmor—. Sí que es maciza la puerta.

Volvió a golpearla una vez más con mayor empeño, pero nadie respondió. Halmor empezó a impacientarse. Insistió, en esta ocasión dándole tres fuertes patadas que resonaron en el interior. Un chasquido a sus espaldas captó su atención.

—No te des la vuelta —susurró Halmor, que se quedó completamente inmóvil.

De pronto un gran objeto silbó atravesando el aire entre ambos, muy cerca de sus cabezas, y terminó hundiéndose profundamente en la madera de la puerta sin apenas levantar ninguna astilla. De aquel enorme filo de metal pendía un largo mango de madera engalanado con algunos pedazos de cuero.

—¿Quién va?! —rugió una atronadora voz a sus espaldas que salpicó de saliva sus nuca.

Halmor y Lerno dieron un respingo y giraron sobre sus talones. Sus espaldas golpearon la sólida puerta cuando descubrieron a quien les amenazaba.

Ante ellos se hallaba un salvaje que les doblaba en estatura, recubierto con burdas pieles ocultando su cuerpo por completo. Su aliento formaba espesas neblinas que le emborronaban el rostro y que acompañaba con el amenazante balanceo de su cuerpo.

Halmor se cubrió la cabeza con sus brazos mientras temblaba de pies a cabeza. Lerno también se sobresaltó, pero algo en su interior hizo que actuara guiándose por su instinto, en lugar de dejarse vencer por el miedo. Flexionó sus rodillas, tomó impulso con todas sus fuerzas contra la puerta y, aferrándose al mango de aquel filo incrustado en la puerta, tiró

empleando cada músculo de su cuerpo. Cuando logró arrancarla, se abalanzó en dirección al salvaje, que lo miró sorprendido. A pesar de su empeño por acertarle, no lo consiguió y terminó dando patadas al aire; el gigante lo sujetaba del cuello con una de sus grandes manos con increíble facilidad, mientras que con la otra observaba como el filo había terminado hundido en el pedazo de tronco con que se había cubierto la cabeza.

Creyó que había llegado su hora y que en cualquier momento escucharía el crujido de su propio cuello.

Pero nada sucedió.

Sintió su aliento y abrió los ojos, encontrando ante él una mirada cargada de cólera. De pronto, y para su sorpresa, el salvaje empezó a sonreír y aquella mirada se tiñó con un tinte de locura.

Halmor lo envolvió con sus brazos mientras el salvaje lo liberaba de su poderosa mano. Fue entonces cuando comenzó a reír atarantando sus oídos.

—Tendríais que veros las caras —consiguió articular el gigante, entre carcajadas, sujetándose el vientre con ambas manos.

El salvaje hundió entonces el arma en un enorme tocón de madera, que terminó partiéndose en dos mitades con una facilidad insultante. Tomó ambas mitades y se las pasó a Lerno, quien parecía consternado.

—¡Sabes que no me gustan estas bromas!—exclamó Halmor.

—¿Qué le pasa a tu chaval? —preguntó mirando a Lerno de reojo, mientras pasaba por su lado de camino a la gran puerta.

—¡Oh, sí! Disculpa —saltó de pronto Halmor—. Lerno, te presento a Marlon.

—Ya tendremos tiempo para presentaciones. Entrad, deprisa —les urgió antes de desaparecer a través de la gran puerta de madera.

Lerno se llevó la mano al cuello y miró a Halmor, dudando de si debía confiar en aquel salvaje que por poco le asfixia.

—Como te dije, deja que sea yo el que hable.

Lerno seguía de pie en el lugar donde Marlon lo había soltado, mirando atónito como Halmor seguía al salvaje a través de la entrada de la construcción. Al cabo de un momento, el interior se iluminó y la lámpara en la ventana volvió a alumbrar el exterior. Marlon sacó de pronto su enorme cabeza a través de la ventana y miró detenidamente al

muchacho. Su enmarañada y sucia melena le cubría medio rostro, pero sus ojos seguían transmitiendo aquella nota de locura.

—No esperarás que te invite a pasar —gruñó—. Entra y cierra la maldita puerta. Me estoy cagando de frío.

Luego, tras liberar el portón de la ventana, desapareció de la vista, dejando el exterior completamente a oscuras. Lerno se apresuró a entrar tan rápido como fue capaz, encontrándose con Halmor, que le esperaba tras el umbral.

—Pasa y dame el arco. Lo dejaremos ahí hasta que sea el momento adecuado.

Halmor tomó el arco mientras el salvaje deambulaba moviendo muebles.

—¡Es un salvaje! —susurró Lerno en cuanto tuvo ocasión.

—Por si lo has olvidado, tú tampoco es que seas del todo un na´rin.

A Halmor no le faltaba razón. Aunque Lerno había pasado su vida entre las gentes del árbol, aquello no le convertía en un na´rin completo. Pero cuando escuchó la conversación entre aquellos dos seres tan distintos, comenzó a comprender a qué se refería.

—Empezaba a creer que el viejo Halmor me había olvidado —dijo Marlon con un hilo de voz, mientras echaba algunos troncos a la chimenea.

—No he tenido ocasión para volver a visitarte —se excusó Halmor cuando tomó asiento a la mesa, que ocupaba el centro de la construcción, débilmente iluminada por ambos farolillos.

—Déjate de excusas. Sé muy bien por qué no has venido —increpó Marlon, avivando las brasas de la chimenea.

Halmor no respondió y Lerno decidió tomar asiento en la mesa junto a Halmor, interesado por el hilo de la conversación. Afuera, rugía el viento proveniente del océano. A diferencia del valle donde el clima tendía a ser cálido, en aquel lugar era más evidente la proximidad del invierno. Cuando Marlon prendió la chimenea y cientos de chispas refulgieron en el aire, la estancia quedó expuesta a la vista de Lerno.

Las paredes estaban construidas con pesados troncos asentados unos sobre otros. Enganchadas en la pared con retorcidas tachuelas, pendían herramientas que jamás había visto en su vida. Pero lo que más le extrañó fueron los dos grandes escudos que colgaban a ambos lados de la

puerta principal.

Marlon llegó hasta la mesa y acercó una gran silla repleta de enormes pelambres, en la que se dejó caer.

—No intentes disculparte. Ya sabes qué opino de tus modales —dijo dirigiéndole la mirada, luego miró a Lerno—. Chaval, trae aquella jarra de allí y algo donde escanciar lo que tiene adentro.

Lerno se levantó y fue hacia donde le había indicado con la cabeza. La jarra descansaba en el suelo y resultó ser bastante pesada y de buen tamaño, así que necesitó ambos brazos para llevarla hasta la mesa. Luego regresó para volver con tres cuencos de barro, que repartió sobre la mesa. En todo aquel tiempo Marlon estuvo observando al muchacho.

—Aunque estoy enfadado, no te lo reprocho —continuó—. Si yo tuviera una hembra como la tuya, tapiaría la puerta y las ventanas y no saldría nunca.

Lerno miró a Halmor y descubrió que tenía el rostro completamente enrojecido por la vergüenza, sin saber qué responder. Marlon tomó la gran jarra y sin previo aviso se levantó y la metió en el fuego, algo que Lerno jamás había visto hacer a nadie. Al poco tiempo, un olor dulzón inundó el lugar y la gran jarra bufó lanzando vapor. Luego Marlon volvió a cogerla, esta vez empleando un largo pedazo de metal, y la volvió a depositar sobre la mesa.

—Acércame tu cuenco —dijo a Lerno.

Lerno obedeció y el salvaje inclinó la gran jarra sobre el cuenco, llenándolo hasta el borde con un líquido blanco bastante espeso que seguía hirviendo.

—Bébelo antes de que se enfríe. Te quitará el susto y el frío del cuerpo.

Lerno tomó el cuenco y lo dejó delante mientras lo observaba con curiosidad. Aquella extraña bebida desprendía un aroma agradable que le tentó a acercar su nariz para olerlo mejor. Halmor, a diferencia de Lerno, no dudaba y se relamía mientras Marlon llenaba su cuenco. Cuando lo tuvo entre sus manos no se lo pensó dos veces. Se lo llevó hasta los labios y bebió un buen trago con los ojos cerrados. Lerno trató de imitarlo y dio un sorbo. Mientras bebía, un anhelo hasta entonces perdido parecía haber despertado en algún lugar de su corazón. Aquel sabor dulce y especiado le hizo olvidar el lugar donde se encontraba.

—Parece que tu chaval nunca ha probado la leche —dijo Marlon a la vez que observaba como Lerno bebía sin separar ni un momento los labios del cuenco. Al no recibir respuesta miró a Halmor, que parecía ignorarle

mientras bebía.

Marlon quitó el cuenco a Halmor y este lo miró indignado.

—Aparte de beberos la leche de mis cabras, ¿a qué más habéis venido? —le espetó—. ¿Después de todos estos años no pretenderás que crea que se trata de una visita de cortesía?

—¡Ni mucho menos! —exclamó Halmor un tanto fastidiado, mirando de reojo el cuenco que le había quitado.

—¿Entonces a qué habéis venido?

Halmor se aclaró la garganta y se dispuso a hablar. Cuando abrió la boca Marlon volvió a ponerle el cuenco delante de su nariz.

—Cállate y sigue bebiendo. Estoy tan enfadado contigo que no tengo ganas de oírte —gruñó desviando su atención al muchacho.

Halmor abrió los ojos, pero ante la visión del cuenco que Marlon había rellenado se limitó a seguir bebiéndolo. Marlon, por su parte, dirigió la mirada hacia Lerno y este dejó su cuenco casi de inmediato.

—Tú —dijo señalándole con un dedo—. Tú me dirás a qué habéis venido. Y más te vale no andarte con rodeos.

Lerno miró a Halmor y este levantó sus hombros, indicándole que no tenía más remedio. Así que le habló directamente.

—Hemos venido para que repares mi arco.

Marlon se quedó observando al muchacho como si lo que acabara de decir no fuera con él. Luego miró a Halmor, pero este prefirió seguir bebiendo de su cuenco.

—A ver si te he entendido. ¿No hay nadie en ese árbol que sea capaz de hacerlo? —Luego empezó a reír.

—Nadie que me conozca —dijo entonces Lerno, haciendo que Marlon arrugase su nariz.—¿Acaso no tienes nada que les interese? Créeme, sé cómo funciona vuestro sistema de favores.

—Aunque lo tuviera, sigue sin ser el motivo —intervino entonces Halmor, que había terminado de vaciar su cuenco.

Marlon observó al muchacho con el entrecejo fruncido.

Lerno miró a Halmor y este volvió a hablar.

—Vamos, díselo.

—¿Decirme el qué? —quiso saber Marlon.

—Soy como tú.

Marlon tomó la lámpara y le dio un ligero empujón, haciéndola correr sobre la superficie de la mesa, hasta que se detuvo frente al muchacho, dejando al descubierto su rostro. Cuando pudo verlo con claridad, se levantó de un brinco a causa de la impresión.

—¡Por los perros de Leya!

— ¿Qué?, ¿ahora vas a escucharme? —preguntó entonces Halmor con una media sonrisa.

—¿Qué son perros? ¿Y quién es Leya? —quiso saber Lerno, pero no obtuvo respuesta.

—Más te vale contarme qué es lo que sucede aquí. Y no te dejes nada —en esta ocasión fue a Halmor a quien apuntó con su dedo inquisidor.

Halmor le contó los detalles más trascendentales concernientes al muchacho. Marlon no paraba de mirar de reojo al muchacho, quien se sintió incómodo al ser el protagonista de aquella historia. Marlon insistía en conocer más detalles acerca de cómo había llegado hasta el valle. Cuando Halmor terminó de explicarse, hubo un silencio prolongado en el que solo las miradas hablaban. Marlon no sonreía, pero sus ojos parecían estar alegres mientras observaba al muchacho con aquel toque de locura que le caracterizaba.

—Hace mucho tiempo que le debo un favor a Halmor.

Ambos lo miraron con interés, esperando a que Marlon les ayudase con el asunto por el que habían ido.—Pero no es a él a quien debo ningún favor. Así que no puedo ayudarlos.

Lerno volvió a mirar a Halmor, que al parecer por su expresión aún no había asimilado las palabras de Marlon.

—Pero —volvió a hablar el salvaje, con una sonrisa siniestra que dejaba al descubierto la locura en su mirada—. Podría hacerlo a cambio de algo.

—Sabes bien que el chico no tiene nada de valor —intercedió Halmor.

—Nada que vosotros consideréis de valor, para mí significa mucho.

—¿Y qué es? —preguntó Halmor.

Marlon se frotó las manos y miró al muchacho como si tuviera ante sí un valioso tesoro.

—Repararé tu arco con una condición.

—¿Cuál? —quiso saber Lerno, presa de la curiosidad.

—Que te quedes aquí conmigo hasta el próximo invierno.

—¡Eso es una locura! —estalló Halmor—. Ni loco va a quedarse aquí contigo, maldito chiflado.

Marlon ignoró las palabras de Halmor y continuó observando al muchacho con las cejas levantadas. Lerno, por su parte, también ignoró al padre de su amigo mientras consideraba sus opciones. Se fijó en el rostro de Marlon, quien apenas movía un músculo esperando una respuesta por parte del muchacho.

La propuesta pilló a Lerno por sorpresa. No se imaginaba abandonando el árbol durante todo un lustro para ir a vivir con aquel salvaje a quien hacía solo unos instantes había conocido, pero en su interior sintió como si aquella idea le atrajera. Un sentimiento que empezó a crecer y que le hizo sonreír. Aquello bastó a Marlon para que él también sonriera y sus ojos adquirieran aquella locura que manaba de su fiereza.

—Acepto.

Marlon se levantó entonces de un salto de su cómodo sillón y se marchó al fondo de la estancia. Descolgó algunos artilugios que fue amontonando entre sus brazos. Halmor aprovechó para acercarse al muchacho y hablarle.

—Escúchame —llamó Halmor—. ¿Cómo explicarás tu ausencia durante tanto tiempo?

—Nadie me echará de menos, salvo vosotros y el profesor. Diréis que estoy enfermo, como aquella ocasión que enfermé y nadie se molestó en preguntar por mí.

—¿Sabes que podrías haber regateado? —dijo Halmor tras asimilar la respuesta del muchacho.

—Lo sé.

—¿Entonces? No tienes idea de lo que te espera al lado de este salvaje.

Lerno miró al gigante; caminaba tosco cargado con muchas herramientas, que le iban cayendo continuamente al suelo, mientras se quejaba en su propia lengua.

—Aunque me hubiera pedido más tiempo. Es la primera vez que alguien me quiere a su lado.

Halmor miró al muchacho y un asomo de comprensión se manifestó en su rostro.

—Además —añadió con una sonrisa—, salgo yo ganando.

—¿Y eso?

—Tengo muchas cosas que aprender del mundo de mi padre.

© Miguel Ángel Fuentes Erenas, 2017

Todos los derechos reservados a nombre del escritor de esta obra literaria.

Nota del autor: ¡Si te ha gustado y quieres que continúe, no olvides valorar la obra! Es muy importante para nosotros ver como nuestro tiempo y esfuerzo va dando sus frutos, por muy pequeños que sean, toda opinión es importante.

Visita mi blog: <https://crucedelcuervo.com/>

Habla conmigo en Facebook: <https://www.facebook.com/mafuentesel/>